

DISCURSO INAUGURAL DE LA VIII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

FOR

M. JEAN OUSSET.

Es muy difícil no dejarse influir por el clima social, por el clima religioso, en el que se está llamado a vivir cada día.

Estoy dispuesto a reconocerlo: la exposición que va a seguir corre el riesgo de estar demasiado sensibilizada por la situación francesa actual.

Pienso, no obstante, que, con pocas diferencias, lo que puede ser dicho de nosotros... puede serlo, también, aunque en grado menor, de todos los países de hoy.

La flor del día no es sino la "contestación", es decir, una puesta en cuestión sistemática de todo, y más particularmente de lo que, hasta ahora, parecía ser y debía permanecer intangible.

¿Cómo explicar semejante crisis?

Un cierto gusto por la revuelta y la insumisión nunca ha cesado de inquietar el corazón humano desde el pecado original... nada nuevo hay, pues, que señalar en este aspecto.

La explicación es suficientemente conocida y frecuentemente repetida: crisis de autoridad.

Crisis de autoridad en la Iglesia...

El prestigio de ciertos errores es tal que quienes formulan su condena en el fondo de su corazón no dejan menos libre curso a estos errores.

Jamás, tal vez, tanto como en nuestra época, ha sido posible ver hasta qué punto el hecho consumado de una desobediencia cínica podía ser reconocido con fuerza de ley a la mañana siguiente:

Crisis de autoridad, pues.

Lo que implica que la vuelta al orden, que deseamos defender

o restablecer, ya no puede conseguirse por el recurso directo y, pudiera decirse, simple, a los poderes vigentes.

Es cada uno quien, según sus posibilidades, debe guardar lo que debe ser, defender lo que está amenazado, recordar la verdad desconocida, restablecer este mínimo de orden y de armonía indispensable en la pequeña esfera donde uno puede ejercer su propia influencia personal.

* * *

Tantas verdades indispensables, a mi parecer, para comprender de modo conveniente nuestra obra y el trabajo que preconizamos.

Allí donde falta o no puede ejercerse una autoridad directa, amplia, plena, constante, el mal es grande y, en cierto sentido, irreparable...

Queda la posibilidad, si no de curarlo, de atenuar al menos sus efectos.

Ante la ruina o trastorno de las autoridades sociales más indispensables es preciso que nos esforcemos en mantener los frutos de cierta acción.

Acción que puede aparecer como fragmentada, capilarizada excesivamente...

Pienso, por lo que a mí toca, que su fórmula es aquella que, en estas horas de debilitación de la autoridad, permite progresar con el mínimo de riesgos.

Y es así porque este método, si bien no llega a suplir del todo aquello de que nos privan las debilidades evidentes de las más altas autoridades, este método, digo yo, tiene por lo menos la ventaja de mantener a cada uno en contacto con sus propios deberes de estado más inmediatos. Lo cual es un modo de encontrarse mandado, si se puede decir así, no por hombres altamente responsables, sino por el mismo orden de cosas.

Si hubiera necesidad de un ejemplo, me contentaría con evocar los riesgos inmensos, las reacciones desastrosas que amenazarían al pueblo cristiano de hoy si se les propusiera una fórmula

de acción global, sin estructuras especializadas, una acción general destinada a luchar contra la proliferación de ciertas ideas, de ciertas innovaciones en la Iglesia.

En caso de proponerse a la mayoría un combate difícil o demasiado alejado de sus conocimientos y de su competencia (sea cual fuere la excelencia de sus intenciones) se correría el riesgo de colocar a esa mayoría fuera de su ruta.

Juntar en una coalición general, contra los abusos actuales, al conjunto del pueblo cristiano... no es menos que levantar una masa cuyos impulsos no tardarían en convertirse en incontrolables.

Situación en la cual, precisamente, la falta de autoridad será más sensible y, por tanto, más desastrosa.

Por el contrario, si perseveramos en parcelar las dificultades, en especializar a cada uno en el ejercicio de sus competencias o de sus intereses, esta misma competencia y el juego de su interés suplirán la autoridad desfalleciente, centrando, limitando, ordenando, poco o mucho, la acción más particularizada de cada uno.

Por ejemplo, pedir a las madres de familia que tomen más atentamente en mano la educación catequística de sus hijos muestra las posibilidades de acción en el sector preciso, y el mismo razonamiento puede hacerse en cada categoría social.

Método en el cual la norma general podría ser: mantener a cada cual en su camino, en el ejercicio de sus deberes de estado más estrictamente considerados.

¿No es acaso éste uno de los puntos más característicos del mensaje de Nuestra Señora de Fátima?

Acción educadora por excelencia en tanto se halle estrechamente sometida a la naturaleza de las cosas. Naturaleza que, sin duda, impone muchas servidumbres, pero ofrece también mil posibilidades de dar la vuelta a los obstáculos. Lo cual resulta mucho más difícil cuando se permanece en el plano universal de las lógicas puras.

Quien, en efecto, no concibe la acción sino en forma de tesis a proclamar, corre el más extremo peligro de olvidar todo matiz concreto y de pasar de un salto al límite.

Aquellos que, por el contrario, saben apoyarse en el orden de

las cosas, consiguen duplicar y dar variedad a sus recursos de acción.

En este juego, los activistas se aquietan, pues el orden de las cosas es siempre lento y pesado de remover.

Con este juego, los menos diplomáticos se pulen, ya que por segura que sea la doctrina no basta en el plano de lo concreto de la naturaleza de las cosas con ser lógico y ser veraz. Hace falta tener paciencia. A veces ser firme, a veces suaves. Hábil para comprender a los hombres, para asir las ocasiones, para evitar los fallos. Habilidad que la formación doctrinal no implica necesariamente por elevada que ésta sea.

Nadie duda de que un justo sentido de lo posible (esa fuerza decisiva en la acción) es más fácil de adquirir por la cultura de nuestros mediadores naturales que en el plano de estas operaciones en las cuales su universalidad tiende a desencarnar sus caracteres esenciales.

La experiencia demuestra, por el contrario, que se encuentra siempre en las realidades concretas, armoniosamente estudiadas, algún elemento feliz, alguna divina sorpresa, algún personaje providencial que permite superar la crisis... sin compromiso doctrinal, sin rotura excesiva de las instituciones.

¡A condición, está claro, de batirse bien! y ¡de batirse a este grado!

Pues ciertamente se trata de combate... y no ya de un simple testimonio ideal y platónico. Lucha humana concreta que exige que se pongan en acción fuerzas juiciosamente organizadas, un aparato, tanto como un dispositivo conveniente.

Y, por lo tanto, ¿estamos decididos a comprometernos debidamente, resueltamente, en esta lucha, sabiendo conducirla, teniendo en cuenta los caracteres y condiciones del combate revolucionario moderno, a pesar de nuestro escaso número y la debilidad de nuestros medios?

Combate, todo él, intensivo, cualitativo, de agilidad, de escrupulosa prudencia, de santa habilidad, de astutas complementariades.

Método de "acción capilar".

Método de acciones plurales, multiformes. Complementarias, ¡ciertamente! Y, a pesar de eso, organizadas.

De ahí, en lo que nos concierne, algunas reservas, ciertos silencios, ciertas ausencias, que tales amigos no parecen entender, ni admitir, tanto y tan fuerte es su hábito de no concebir la eficacia si no es recurriendo a medios gregarios. Fórmulas más favorables al establecimiento de alguna notoriedad publicitaria que a una real, duradera y fecunda acción.

Y esto porque esas fórmulas son precisamente demasiado ideales, porque tienen el carácter demasiado universalista de las nociones doctrinales, sobre todo porque no corresponden a las leyes de la vida (y por lo tanto, de la resurrección) del verdadero orden social.

¡ Ah! Qué seductor resultaría tratar de realizar grandes cosas sin necesidad de sufrir las servidumbres orgánicas, sino la pesadez psicológica de esos mediadores naturales de la acción política y social que constituyen los grupos, asociaciones, cuerpos intermedios, diarios, revistas, etc. Y cuán fácil resulta hablar simplemente de la defensa del orden y de la fe, en tanto uno no se ocupe apenas de los medios y métodos que únicamente pueden permitirnos realizar esta defensa eficaz y duradera.

Muy al contrario, desde el momento en que se tiene la preocupación de un resultado concreto, de un resultado duradero, el recurso a los mediadores naturales idóneos se hace indispensable juntamente con la cultura humana e intelectual, científica o técnica que este recurso implica.

Se comprende, a partir de ahí, cuál es la importancia de movilizar lo que pueda haber de mejor en el laicado cristiano.

“Hoy —dijo Pío XII— la responsabilidad de los hombres católicos parece mayor y más urgente, dada la organización más adelantada de la sociedad y el papel que en ella cada uno está llamado a jugar (...).” En torno a nosotros, las fuerzas del mal están poderosamente organizadas: trabajan sin tregua.

“Bajo este aspecto, los fieles, y más especialmente los laicos, se encuentran en las primeras líneas de la vida de la Iglesia...”

“En las primeras líneas...”

Fórmula decisiva y que indica claramente, esta vez, el carácter nuevo de esta promoción del laicado, particularmente a nuestra época.

¡Promoción no honorífica!

Pero promoción conforme a lo que es y a lo que debe ser toda verdadera promoción, según el Evangelio: —Una promoción por la prueba—. Una promoción por el combate.

Deber, por lo tanto, de combatir al enemigo donde él se atrincheró más especialmente en la actualidad: ¡en la organización de la Sociedad!

Si bien es verdad que en muchos capítulos —empleo del latín, liturgia, catequesis, música sagrada, etc. ...— los laicos pueden expresar un deseo, dar una opinión, formular una crítica (puesto que el mismo Concilio lo acaba de recordar), no les corresponde cortar ni decidir en estas materias. Ya que este dominio corresponde total y muy legítimamente a la soberanía sacerdotal.

Y es la prueba de una confusión de espíritu, de una falta penosa de sentido crítico imaginar que puedan mantenerse a la vez (bajo el signo de una misma organización, según los mismos métodos) dos clases de acción: de las cuales una corresponde al poder de los laicos, y la otra al poder de los clérigos.

Y por consiguiente... los organismos, el objeto de las intervenciones, su orientación y su estilo, pueden y deben diferir... según se proyecta una acción temporal (esto es: una acción donde libremente el poder de decisión corresponde a los laicos); ... o bien se enfoque una acción específicamente religiosa, espiritual, litúrgica (esto es: una acción que corresponde a la autoridad de los clérigos).

No se trata de que el laicado cristiano tome un poder que no tenga actividad, sino de ejercer este poder temporal que es suyo. **PODER QUE NO TIENE QUE TOMAR PORQUE LO TIENE**, Poder que, simplemente, se trata de ejercer, de darle dinamismo.

En realidad, el poder temporal cristiano de los seglares parece inexistente porque en lo temporal no ha sido ofrecida a ese

laicado ninguna fórmula de sincronización práctica suficientemente flexible y general...

Por consiguiente, sería un completo error si se llegara a pensar en la organización de alguna agrupación gregaria, unitaria y groseramente coaligante.

Como ha dicho Jean Madiran, si ciertos hombres de Iglesia creen poder rehusar su apoyo "a la defensa de ciertas patrias carnales", no pueden en absoluto, no pueden sin abuso, "no pueden sin crimen disuadir a los ciudadanos de que defiendan el honor de sus casas paternas, la libertad de la ciudad, el interés legítimo, la vida misma de la patria...

"Cada vez más, las posibilidades de desaparición o de sobrevivencia de las fuerzas políticas, de las clases sociales, de los pueblos y de las civilizaciones constantemente son modificadas por la acción de los laicos. Y es su deber, su vocación, modificarlas, sin creerse aprisionados en el pronóstico especulativo que haya podido ser dado, incluso con toda exactitud, en un momento dado.

"Por ejemplo, se puede formular, en tal momento, el pronóstico según el cual el comunismo tiene todas las probabilidades de adueñarse de un país o de un grupo de países. Ante este pronóstico, los hombres de Iglesia pueden tomar las disposiciones o precauciones apostólicas que crean deber tomar. De ellas son jueces y responsables ante Dios. Pero si, en función de éste pronóstico, los hombres de Iglesia emprenden, por su parte, la acción de persuadir al conjunto de los católicos de que deben de desolidarizarse de todo anticomunismo temporal..., entonces esos hombres de Iglesia aseguran de ese modo positivamente la victoria del comunismo, desmovilizando, dispersando o paralizando la resistencia. Ya que es precisamente cuando el comunismo tiene posibilidades objetivas de adueñarse de un país cuando es más importante combatir sus posibilidades, volcar ese pronóstico especulativamente fundamentado, hacer la historia en lugar de sufrirla".

Ciertamente, esto implica un combate; y precisamente este combate "en las primeras líneas" que, como hemos visto, constituye la gran promoción moderna del laicado.

Se adivina, a la vista de estas evocaciones, ¡cuán indispensable y decisiva puede ser una justa, una inteligente, distinción del poder espiritual y del poder temporal!

— en el interés del santuario,

— en el interés de la Ciudad.

Sólo esta distinción puede ofrecer al apostolado, a la evangelización, de una parte, y a la acción cívica, social, política, de otra parte, la libertad indispensable para sus misiones respectivas y complementarias.

Es éste el sentido en que resulta la verdadera, la justa promoción del laicado cristiano. La cual no puede menos que implicar a un laicado, ante todo en su lugar y dueño de su poder temporal cristiano.

Únicamente ella puede permitirnoslo todo armoniosamente. Sin excesos o abandonos culpables en lo temporal. Sin pusilanimidad apostólica en lo espiritual.

Ya que el laicado cristiano es, ante todo, el conjunto de los seglares cristianos omnipresentes en la Ciudad. Conjunto no sólo variado, sino sumamente lleno de contrastes. Miles de gentes encargadas de tareas diversas, ocupando cargos desiguales, con deberes diferentes, etc., ... la doctrina social de la Iglesia enseña que el buen orden, la plena salud de la ciudad consisten precisamente en esta diversidad de funciones y de cargos, y que es mutilar lo real (¡reemplazar las piernas por las muletas!) violentar las flexibles disposiciones de esta geografía social para imponer el planismo de una agrupación artificial...

Un verdadero restablecimiento del poder temporal cristiano del laicado no puede ser sino según la imagen de la misma realidad social. Debe, por lo tanto, respetar las condiciones de vida y de organización social de los laicos que viven en la ciudad.

Y si la necesidad de una acción unificadora no es menos evidente, es preciso que esta acción sea flexible, que incomode lo menos posible, que nada suprima, sino que tonifique lo que existe, que ayude en lugar de acaparar...; ... que se aplique a crear, a mantener un espíritu común, fundado en la única doctri-

na; que se empeñe, por fin, en dar a todos hábitos de acciones variadas, hábilmente complementarias.

Esto es lo que constituye toda la ambición, todo el trabajo de "Office international des œuvres de formation civique et d'action culturel le selon le droit naturel et chrétien".